



Sin previsión de que le llegue la hora

Una vez más me encontré con un viejo amigo al que veía muy poco, es una persona singular, siempre está recuperándose de algún accidente, tanto así que quienes lo conocemos, estamos seguros de que guarda un álbum secreto lleno de fotos y radiografías donde atesora como recuerdo, las dolencias que le han tocado padecer. Crucé la calle a toda prisa para alcanzarlo porque temía que se me escapara. Es una persona que me cae muy bien, y por algún motivo que nunca he meditado mucho, solo nos vemos de higos a brevas, quizá sea porque pasa mucho tiempo recuperándose de sus males. No había llegado a salir de la calzada y un coche a punto estuvo de atropellarme, su conductor pitó y me soltó un chillido por la ventanilla que no entendí bien, pero estaba claro que felicidades no me estaba deseando. Mi amigo se dio la vuelta por el alboroto, lo mismo que todo transeúnte a menos de cincuenta metros, y al ver que se trataba de mí, me gritó con el tomo amigable que le caracteriza...
-"Cuidado amigo, no vaya a ser que tenga un accidente"
Para nada me extrañó verle un pie escayolado, nos saludamos, rememoramos algún tiempo pasado, nos prometimos un

reencuentro tequila de por medio, y sin creernos la promesa nos volvimos a separar con el entusiasmo que genera encontrarse con una persona que te hace sentir bien.

La verdad sea dicha, desde muy joven, casi un niño, mi amigo que es muy patoso comenzó a tener cada dos por tres accidentes de todo tipo, algunos más graves, otros más inocuos, algunos con serias secuelas y otros de los que te dejan solo una lección, pero la consecuencia más contundente de tantos accidentes, al menos según se cuenta en el pueblo, es que de tanto estar al borde de la muerte por culpa de su torpeza, la parca se aburría de ir a su encuentro una y otra vez, y otra, y otra más, cada vez más cerca, pero nunca lo suficiente. Un día, que caminaba al borde de un río buscando musgo sabrá Dios para que, el terraplén se desmoronó y cayó rodando hasta el fondo, el cauce no era violento, pero las piedras puntiagudas auguraban un mal desenlace de la aventura. Como tantas veces, la parca se dispuso presta a cumplir su cometido, con el sigilo y la solemnidad que la caracteriza, acercándose sin que nadie note su presencia, pero una vez más, por el motivo que fuera, mi amigo rodó de un modo imprevisible y aunque se partió un par de costillas y se hizo un corte de mucho cuidado, no pasó de allí, es más, ni perdió la consciencia. Tal era su experiencia en este tipo de infortunios, que se repuso e intentó cortar la hemorragia para poder salir a pedir asistencia médica para sus huesos magullados, llegados a este punto, la pálida dama se exasperó y dejando de lado su prudencia y su profesional discreción, se le paró en frente y comenzó a increparlo...

- "Me tienes cansada, en toda mi carrera profesional, jamás alguien me ha dado tanto trabajo como tú, mira que hay gente que ha matado a muchos otros y me han hecho currar de lo lindo, pero lo tuyo es ingrato, tanto esfuerzo para nada, tanto ir y venir y no llegar a ningún sitio..."

Mi amigo, que suele hacer gala de buen humor incluso en las situaciones más incómodas, le hizo un gesto amigable y aunque nunca habían sido presentados, no le costó deducir de quien se trataba, la miró con algo de ternura y le respondió...

"Disculpe señora, no era mi intención, sería incapaz de malversar el esfuerzo de una dama, no es nada personal, solo tengo un poco de mala fortuna, o de torpeza, o de..."

"Un poco de torpeza, pero no entiendes que un poco de torpeza es tropezar tres veces seguidas con un bache en la calle, un poco de torpeza es resbalar de la escalerilla del autobús, cada vez que llueve, pero lo tuyo, lo tuyo, y... y siempre igual, siempre lo mismo, nunca pasa nada, sabes que, tú a lo tuyo, yo no vengo más, cuando te aburras, me llamas y ya nos ponemos de acuerdo, te busco o te vienes, o lo que mejor te parezca, pero yo no vengo más, tú mismo."

Mi amigo, se avergonzó un poco, no suele sentirse cómodo cuando hace enfadar a una mujer, así que no se atrevió a contradecirla, y así anda, en sus cosas, trabajando, y viviendo su vida a los golpes, entre escayolas y suturas, esperando a reunir valor suficiente para llamar a la parca, darle una explicación, pedirle disculpas y volver a tener una relación habitual, hasta entonces, los que lo conocemos, sabemos que tendremos que acostumbrarnos a verlo así, de buen humor, magullado y sin previsión de que le llegue la hora.